



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11033

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 17 DE AGOSTO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

A LO QUE ESTAMOS

De Puerto Rico avisan que las columnas yanquis van recorriendo los pueblos y arriando las banderas españolas.

La noticia no tiene nada de halagüeña, al contrario, tiene mucho de dolorosa, y más de una llamarada de rubor sube á las mejillas al dibujarse en el cerebro esa antipática escena en que figura un extranjero sustituyendo con el distintivo de su patria el distintivo de la nuestra.

El golpe que hemos llevado es terrible, colosal, de los que aturden y duelen; ha sido tan grande que apenas deja lugar al pensamiento para que investigue la causa que le dio origen y las consecuencias que tendrá.

¡Y pensar que en estos momentos en que la viveza del dolor presente nos hace olvidar lo que fuimos y lo que seremos, para acordarnos nada más de lo que somos, hay quien pone su ambición sobre el luto nacional y turbando la magestad del dolor de esta nación desdichada pide a gritos el poder para gobernarla y dirigirla ó se entretiene en señalar los defectos del contrario para evitar que miradas indiscretas se fijen en las propias fealdades!

¡La política! ¡Siempre la política con su influencia malsana, letal, venenosa!

¡El poder! Cuando necesitaba manos robustas ó intelencias despejadas y esfuerzos generosos, no hubo político que no se pusiese en el cuartel de la salud eludiendo responsabilidades que son de todos, hasta del pueblo que ha dado monzones de su oro y raudales de su sangre para hacer y costear la guerra. Pero se ha hecho la paz; el partido que usufructuó el poder ha liquidado la campaña perdiendo á Cuba, á Puerto Rico, á

Manila y quien sabe cuantas cosas más; y desde ese momento, cuando ya no hay responsabilidades y se puede gobernar tranquilo, porque el pueblo está fatigado y lejos de erguirse arrogante y fiero pidiendo cuentas de su patrimonio tiene ganas de entregarse al reposo, se arroja toda la culpa del desastre sobre quien apenas tiene la mitad y se exponen como méritos promesas que jamás fueron cumplidas ni lo serán ahora tampoco.

El procedimiento esta en desuso; una larga y dolorosa experiencia nos ha enseñado la falsedad de esos brillantes espejismos que destumbran un momento pero no se traducen en nada beneficioso ni útil.

Esas son palabras que se lleva el viento; oratoria que hace pasar como si fuese oro cosas de *double*.

¿Se solicita el poder porque se tienen soluciones para resolver el problema de salir del bache en que nos encontramos hundidos? Pues venga el programa económico, administrativo y político para que nos enteremos de los bienes que sobrevendrán con un cambio de política.

La vida pasada y la catástrofe actual deben servirnos de algo. Si no sirven siquiera para hacernos cántos y previsores todo es inútil: España seguirá rodando por la pendiente y se estrellará en el fondo del precipicio.

Es preciso que no estemos á lo que estamos sino á lo que debemos estar.

GLORIAS NACIONALES

Sitio de Morella.

17 de Agosto de 1835.

Por consecuencia de las escasas fuerzas liberales que operaban en el famoso

Maestrazgo, los carlistas se habían ensañado de él, hasta el extremo de que aquellas tuvieron que mantenerse en una defensiva casi absoluta.

Al fin, el general en jefe de las tropas de aquella región, D. Marcelino Oraá, consiguió, después de muy repetidas peticiones, que el Gobierno le enviara las fuerzas que necesitaba, y tan luego hubo reunido 22 batallones, tres compañías de ingenieros, 12 escuadrones y 25 piezas de varios calibres, acordó recuperar á Morella, plaza que desempeñaba en el Centro un importante papel como Berga en Cataluña y Estella en el Norte, la cual se hallaba en poder de los carlistas, debido á una sorpresa atrevidísima.

Obedeciendo órdenes de Oraá, salieron de Teruel, Castellón y Alcañiz respectivamente, las divisiones Borso di Carminati, Parafini, más la brigada de reserva Nogués, y San Miguel, fuerzas todas que habían de encontrarse en los alrededores de Morella.

Noticioso de este movimiento Cabrera que mandaba en jefe todas las fuerzas carlistas del Maestrazgo, abandonó el 23 de Julio á San Mateo, al frente de 15 batallones, cinco escuadrones y 10 piezas de artillería, para interceptar el paso á las fuerzas liberales, empeñándose por tal motivo, diferentes combates: de éstos el más importante el librado el día 2 de Agosto, del cual salieron tan mal parados los carlistas, que Cabrera estuvo á punto de caer prisionero por haber perdido su caballo.

El día 9 de Agosto llegaron todas las fuerzas liberales frente á Morella, ocupando inmediatamente la sierra de San Isidro y alturas de San Pedro Mártir y Cruz de las Foyas.

Emplazada toda la artillería para el bombardeo, comenzó éste al amanecer del 14, respondiendo la plaza con vigor y acierto á principio, más tarde con bastante lentitud, por haber sido desmontados muchos de sus cañones por las granadas de los liberales.

Aportillada la muralla en el lienzo que media entre la puerta de Torre Redonda y la de San Miguel, Oraá dispuso se diera el asalto el día 15.

Dada la señal para llevarlo á cabo, avanzaron hacia la brecha tres columnas, componiéndose la que iba en cabeza de los granaderos de la «Reina»,

«Alcañiz», «Centa», «Africa» y «Córdoba».

Dispuestos los carlistas de la plaza, mandados por el conde Negri, á rechazar el asalto, pusieron fuego á los combustibles que tenían amontonados en el interior de la brecha, y seguidamente rompieron un nutrido y certero fuego de fusilería y cañón.

Esto no obstante, y tener que atacar á pecho descubierto, los liberales, con valentía rayana en lo heroico, avanzaron en dirección á la brecha; pero tan mortíferos eran los disparos que desde todas partes se les hacían, que después de titánicos esfuerzos tuvieron que desistir de su intento, dejando al pie de los muros gran número de muertos y heridos.

Ensanohada la brecha con nuevos disparos de cañón, en la madrugada del 17 se intentó un nuevo asalto, esta vez por tres puntos distintos á un mismo tiempo, y á pesar de haber desplegado todos á porfía inmenso heroísmo, corrieron la misma suerte que el día anterior.

En vista del gran número de bajas que habían sufrido y de la escasez de subsistencias que estaban padeciendo, acordóse, en junta de generales que convocó Oraá, levantar el sitio.

De este fracaso fué culpado Oraá, y se le relevó del mando que disfrutaba.

Poco tiempo después, este bravo y pundonoroso general justificó en el Senado su conducta, y como probara que su honor y prestigio militar no habían salido manchados del hecho referido, por no obedecer el fracaso á impericia suya, fué desagraviado.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

VINDICACION Y REORGANIZACION DE LA ARMADA ESPAÑOLA

IV

Es cosa muy notable que nadie se mete en arreglar el clero, ni los tribunales, ni los institutos civiles, ni el ejército mismo, mientras todo el género humano se siente con derecho y con fa-

cultades, para hablar de la mar con más competencia que D. Cosme Churrucá, como si cada cual hubiera pasado siete veces el cabo de Hornos, ó como si hubiera estado toda su vida entre las olas, cuando hay hombre que al ver un barco pintado no sabe si está al revés ó al derecho, y ya no hablemos de los prácticos de muralla, porque ahora cada prógimo se cree capaz de manejar un almirantazgo, como manejan la vara de medir los comerciantes aunque las marinas como los ejércitos, los puede organizar cualquier hombre de prestigio y de talento como Florida Blanca y el cardenal Cisneros y lo mismo un almirante que un general de caballería—aunque no haya visto un barco—porque para las cosas más grandes basta un solo decreto.

Lo que pasa en nuestra armada que es bien fácil de arreglar,—sabiendo hacerlo—es que en esta nuestra marina infelicitada, cuya masa en general es excelente como probar podríamos, es que es una familia grande entre muchas pequeñas, en una casa de vejez—que no son otra cosa los departamentos—con todos los incidentes y todas las consecuencias vecinales.

Los departamentos donde todos nos conocemos por los cuatro aborrios, cuna de la mayor parte del personal naval, donde aun vive acaso la hermana de leche del almirante, el maestro que le hizo la primer levita al comandante del acorazado y el hijo del mercader que le vendiera el paño, donde la peinadora de la intendenta es cuñada del calafate de abordó, y la doncella de la generala cafiada del practicante, no se mueve un pie sin que inmediatamente lo sepan hasta los empleados de consumos,—que no son curiosos.

Si se rompe un remo lo sabe el ministro antes que por la vía oficial por un amigo con quien fue á la escuela, y si un oficial da un traspiés en Nápoles, llega aquella noche la noticia al teatro, causando algún síncope.

Sucede con las cosas de marina—que es la frase de moda—lo que con una mosca que se para en la punta de la nariz de una hermosa dama...—y que guapa las hay en la armada—que la ven hasta los miopes, mientras el público no ve tres mil moscas en el telón de boca del teatro de la comedia. Para ver moscas no hay que embarcarse porque en la

—Experimento la horrible desgracia de haber perdido el aprecio y la confianza de vuestra majestad, dijo humildemente el jesuita: se conoce que se aproxima ya la princesa de los Ursinos

—Os advierto que esta es la última vez que el rey os habla de este modo, dijo con firmeza Felipe V. Os lo advierto para que no pequéis de ignorancia: os ruego que me evitéis disgustos con el rey de Francia. Razones de Estado, la familia, de conveniencia, me obligan á evitar á todo trance un rompimiento, por leve que sea, con la casa de Francia. Prescindid de vuestros empeños particulares con la princesa de Ursinos, dejadla hacer, y censad noticias como las que habéis enviado á París, y que han producido la desgracia de la princesa.

—La princesa, señor, tiene demasiada astucia, y ha prevenido á vuestra majestad. Mi afecto acendrado y ardiente por vos me obliga á deciros la verdad, por mas que me exponga á enojaros.

—Me parece que os batís en retirada, padre.

—Yo no me bato, no puedo batirme con vuestra majestad.

—Pues lo parece, lo parece.

—Cumplo peligrosamente con mi deber.

—Os aseguro que por hoy no hay peligro alguno

para mí; por consecuencia, podéis continuar, decírolo todo.

—Señor, la historia de la princesa de los Ursinos es demasiado turbia

—Me importa poco que la historia de la princesa sea, no ya turbia, sino tenebrosa, con tal de que su conducta respecto á mí sea, como lo es, perfectamente clara.

—Los sucesos, señor, producen consecuencias, cuyos efectos no pueden evitarse.

—¿Consecuencias, eh!

—Si, si señor. La consecuencia de la historia de la princesa, historia que todo el mundo sabe, es que la princesa, como mujer, no tiene respetabilidad alguna. La maledicencia...

—¡Oh! ¡la maledicencia es verdad; la maledicencia dice que la princesa de los Ursinos es... mi amiga, ... mi favorita. Pero vos, padre, que conocéis mi conciencia, sabéis demasiado que aunque la princesa, que apesar de sus sesenta años, es hermosa, tentadora, seductora, y está adornada con un gran talento, con un grande espíritu, el rey no ve en la princesa mas que á un hombre de Estado, á un grande hombre de Estado, que por una equivocación de la naturaleza es mujer, que posee los secretos de madama de Maintenon, y por consecuencia los se-

mi abuelo no ha podido comprender, ni por una sola insinuación mía, lo doloroso que me era el estar privado de los buenos servicios, de los excelentes consejos de la princesa de los Ursinos; ahora que ven que esto se lo lleva el demonio, ellos lo creen así, la conveniencia de Luis XIV, el interés de madama de Maintenon, me envían á la princesa, con la cual yo no he reñido, de la cual fui despojado: vos insistís en que la presencia de la princesa en mi corte me perjudica.

—Dicen que la princesa quiere ser en España lo que es en Francia madama de Maintenon, lo que fué antes madama de Montespan. Están viendo la mirada de la princesa fija en el trono, y la lealtad de los españoles por la reina se alarma, y su pudor por sus buenas costumbres se siente ofendido.

—Pues bien, padre, ¿qué hemos de hacer? En último caso, Luis XIV nos impone la princesa; él se la llevó y él la envía. No podemos romper de frente con nuestro abuelo, y mas en estas especialísimas circunstancias, en que nuestra estabilidad en el trono de España es dudosa. Si el pudor de los españoles se alarma por la vuelta de la princesa, qué hemos de hacer, paciencia.

—Hay algo además, señor.

—Pues decidlo, decidlo; para eso hablo con vos